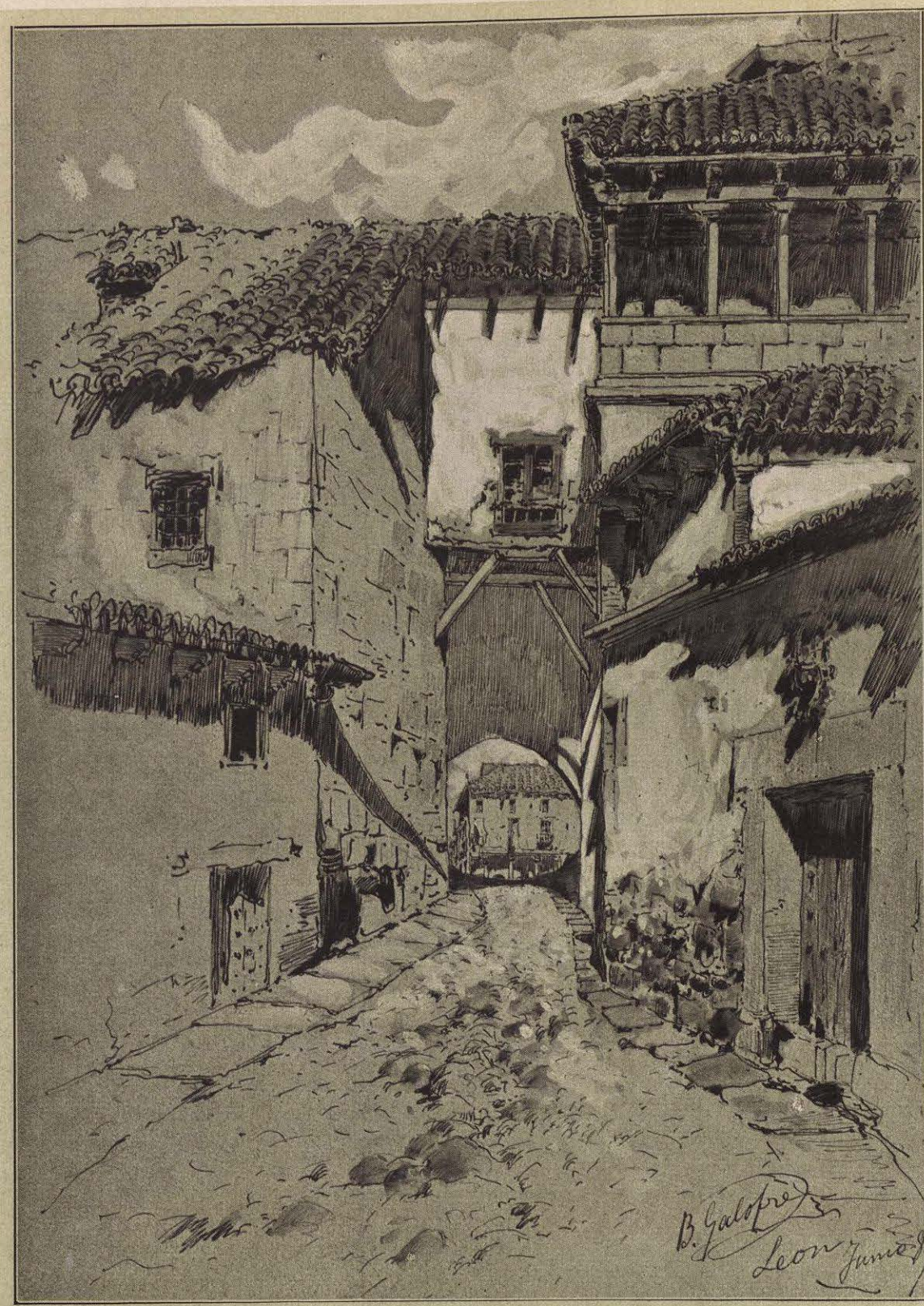


ULTIMO CUADRO (SIN CONCLUIR) DE BALDOMERO GALOFRE



EL CABALLO MÁS VALIENTE

Adquirido por D. Juan Coma.



UNA CALLE DE LEÓN.

los cuadros *Regatas en Sorrento*, *El rapto*, *Bufones del siglo xv*, *Pasatiempos de un príncipe*, *El juramento* y muchos otros de costumbres españolas ó paisajes de la campiña romana.

De sus excursiones veraniegas á Nápoles traía carteras repletas de enormes acuarelas, — marinas casi siempre — que producían asombro por la cantidad y la incomparable belleza del mecanismo. Y toda esa fecunda producción iba á parar inmediatamente á manos de los compradores y se esparcía en breve tiempo á todos los ámbitos del mundo.

Su popularidad en Roma y Nápoles equivalía á la de los más renombrados artistas del país, los cuales cultivaban su amistad y le atestiguaban de continuo su alta estima.

Así transcurrieron los años desde 1874, al 1884, en el cual vino á turbar su existencia la mayor de las desgracias, el repentino fallecimiento de su idolatrada madre. La impresión dolorosa de este hecho, la soledad en que había quedado su padre, el deseo de volver á ver su patria y tal vez un secreto anhelo de descansar por algún tiempo de aquella vida de febril actividad, decidieronle á separarse de aquel centro de sus glorias y se vino á Barcelona.

Su llegada á la Ciudad Condal se señaló por un acontecimiento que no tenía precedentes y que ha sido imitado luego por gran número de artistas. Hablo de la exposición que celebró en el «Salón Parés», cuyas paredes ocupó por entero con sus obras. Pueden variar los tiempos, los gustos, las tendencias, pero históricamente no podrá destruirse la inmensa impresión que produjo en nuestra ciudad aquella valiosa muestra, nunca vista, de la potencialidad artística de un hombre. La prensa de entonces guarda en sus páginas los magníficos ditirambos que la crítica en masa prodigó al talento de Galofre.

Y ya no debía moverse de su patria. Por una parte el amor filial haciéndole acompañar la solitaria ancianidad de su padre, y por otra la germinación de una idea que adquirió caracteres de obsesión en su exaltado cerebro, la *España*, recopilación de los usos y costumbres de las

más típicas regiones de nuestra Península, convirtieron la interinidad de su propósito en definitivo asiento.

Su laboriosidad, desde 1884 hasta la luctuosa fecha de su muerte, fué no menos asombrosa de lo que había sido por el pasado. Viajó por España y fué recogiendo gran cantidad de materiales de los que dan idea los trabajos expuestos en estos salones del Palacio de Bellas Artes. A los asuntos de gusto y carácter italiano, sucedió un verdadero desbordamiento de escenas andaluzas, vistas, es cierto, en la naturaleza, pero tamizadas, idealizadas por una fantasía tan selecta como original. Desde nuestra ciudad irradiaban sus obras por todos los mercados de Europa y América, y no se pasó un año sin que sonara su nombre en uno ú otro idioma.

Otras dos veces volvió á visitar Italia de sus amores: una en 1890, recorriendo triunfalmente las principales ciudades con su colección de escenas españolas, y otra en 1900, después de la muerte de su padre, probablemente con la remota esperanza de reinstalarse en Roma. Pero ya llevaba entonces el germen de la enfermedad que debía acabar con su vida, y su viaje fué triste; más triste porque con la larga ausencia, su Roma, la Roma de su entusiasta juventud era otra, más moderna, demasiado mercantil, poco artística. Todavía trajo de Nápoles y sus alrededores preciosos cuadritos y acuarelas, en las que se descubría la garra del león. Pudo saludar por última vez á su viejo amigo Morelli, ya decrepito é inútil para el trabajo, y despedirse de sus compañeros de arte, de los que admiraron sus primeros destellos geniales.

Y llegaron los momentos dolorosos. Todavía durante la primera mitad del año 1901 desplegó una actividad superior á lo que le permitía su minada existencia, y firmó el cuadro más acabado que haya salido de sus pinceles, y que figura en esta exposición como resumen glorioso de su vida artística. Vino el verano y se trasladó á su quinta de Castillo de Aro por si lograba vencer al implacable enemigo que le acechaba. ¡Vana esperanza! Ni las salobres brisas marinas, ni el esplendoroso sol que caldea aquella montuosa tierra, tuvieron virtud bastante para sostener aquella fortaleza que se derrumbaba, y tuvo que regresar á fines de año para caer en el lecho del dolor.

Entre las varias alternativas de su penosa y larga enfermedad, y cuando por prescripción facultativa permaneció cosa de un mes en la inmediata villa de Badalona, aún tuvo alientos para pintar dos preciosas tablas, verdadero canto del cisne de aquel delicado poeta del color.

Y no hubo remedio para él. El 26 de Julio de aquel mismo año, apagábase apaciblemente aquella llama cuya fúlgida estela trasciende hasta nosotros.

Esta es la historia de la vida de Galofre. Y con ella podría dar por terminada mi misión, si sobre el relato material de la trayectoria de una existencia no hubiese aquella parte inmaterial que es la que contribuye precisamente al progreso de la humanidad.

No fué una estrella de primera magnitud, capaz de irradiar luz y calor para dar vida á otros astros, pero en su esfera fulgura como una de esas estrellas con luz propia y que en las noches serenas tachonan la bóveda celeste extasiando al hombre.

Por eso su acción se ha limitado á sí propio. Su arte no ha hecho escuela; demasiado poco trascendental para ser imitado, era demasiado selecto para que la imitación dejara de ser burda.

En Galofre existen dos caracteres perfectamente definidos: cuando copia la naturaleza y cuando se entrega libremente á la fantasía. En el primer caso, la naturaleza, al pasar por su hábil mano, tan hábil que no recordamos quien le haya igualado, se transforma, se ennoblece, se aristocratiza — si me permitís la palabra — y, como Gustavo Adolfo Becker, hace de un muladar una joya de vistosa pedería. Mas cuando se entrega al vuelo de su fantasía, y en sus visiones de sonámbulo clarividente, cruzan por su imaginación, más que por su retina, tropes de gentes, fantásticas carreras de caballos, caravanas de gitanos, festivales inverosímiles de pueblos en que se confunden todas las razas de la península hispánica, revuelos de nubes, quiméricos mares, entonces su personalidad

se destaca por su sublime desprecio de la realidad y sus creaciones alcanzan la originalidad del genio.

Por fortuna, hemos llegado á un tiempo en que los criterios cerrados, en materia de artes, han perdido su fuerza; en que el dogmatismo artístico se extiende y se dilata hasta admitir las mayores verdades y las más insignes aberraciones. De otro modo, reñirían de verse juntos Bizet y Wagner, Chopin y Beethoven, Zorrilla y Goethe, Alejandro Dumas y Manzoni, Goya y Leonardo de Vinci, Donatello y Fidias, y se destruirían mutuamente según el punto de vista desde donde se les contemplara. Hoy admitimos que se puede pintar bien y dibujar mal y viceversa, si una de las cualidades es tan preeminente que constituya tipo en su género. Mejor dicho, en punto ó perfección sólo toleramos la perfección griega, nacida espontáneamente del fondo de su politeísmo y de su adoración á la forma, pero detestamos la fría y calculada perfección de los neoclásicos del siglo XVIII, que señala una laguna, una interrupción en el buen gusto universal.

Por eso admito como verdadera manifestación artística de Galofre esa fantasía despreciativa de la realidad de que os hablaba antes. Doré, Goya en sus *Caprichos* y en algunos de sus cuadros, Tiepolo, se entregaron á esa libertad que en nada menoscaba su propio valer. Y yo afirmo que nuestro compatriota no les va en zaga, y en elegancia fascinadora les supera.

Su natural disposición le inclinó al paisaje, en el que fué maestro. Lo mismo con el lápiz que con el pincel, supo penetrar la *anatomía* de la naturaleza, someténdola á su antojo. Montes, mares, árboles, praderas, todo para él era igualmente fácil. Pero hubo una parte que comprendió y tradujo como nadie: los cielos nubosos.

Allí desbordábase su fantasía, realizando prodigios de composición que le valieron justa fama en todas partes. Yo le llamaba el poeta de los cielos.

Pintó figura cuando quiso, limitándose á sorprender lo pintoresco del exterior humano y la vida del conjunto.

No le arredraba la vastidad de la composición y sabía disponer grandes masas de figuras con la misma soltura y pomposidad que los pintores venecianos.

El abolengo artístico de Galofre es principalmente español. Creemos indudable que, aparte las primeras lecciones que recibiera de don Ramón Martí y Alsina, ejercieron gran influencia sobre su estilo, Goya, Fortuny y Zamacois. Pero Italia le dió la luz y enriqueció su paleta.

Es probable que, á haber nacido en otra época menos romántica y menos positivista, hubiera puesto más ingenuidad en su producción. Pero se halló en plena época fortuniana, y ésta, ya es sabido, era poco propicia á la moderación y á la sencillez. No por ello será menos digno de admiración, si bien su prematura muerte, que le ha arrebatado diez años de vida útil, nos deje en la duda acerca posibles y radicales evoluciones en su estilo. Tal era, al menos, su propósito.

Su actividad reviste los caracteres de prodigio, y podría clasificarse en primera línea en la historia del arte. Galofre no llevó nunca cuenta de



APUNTE DEL NATURAL.

las obras que iba produciendo; pero por lo que yo mismo he podido ver en sus talleres de Roma y Barcelona, deben de ascender á algunos miles.

Ya sólo me queda que examinar al hombre bajo su aspecto moral y social.



EL CONTRATO.